



Dino Buzzati **El colombre**

TRADUCCIÓN DE MERCEDES CORRAL

En *El colombre* hay monstruos marinos que persiguen a los hombres con propósitos inesperados, ángeles extravagantes que proponen a Dios la creación de la especie humana, extraños fenómenos que causan la muerte a los mayores líderes del mundo; hasta cuarenta y seis historias extraordinarias, llenas de seres imaginarios y reales, contemporáneos e intemporales, siempre enigmáticos, a las que asistimos con el encanto de quien escucha a un mágico narrador a la luz de fuego, y en las que descubrimos, sorprendidos, una profundidad auténticamente metafísica, una ferviente interrogación sobre el indescifrable destino de los hombres.

EL COLOMBRE

Cuando Stefano Roi cumplió doce años, pidió de regalo a su padre, capitán de altura y patrón de un bonito velero, que lo llevase con él a bordo.

—Cuando sea mayor —dijo—, quiero salir al mar como tú. Y gobernaré barcos todavía más bonitos y más grandes que el tuyo.

—Que Dios te bendiga, hijo mío —respondió el padre. Y como precisamente aquel día su carguero debía zarpar, llevó al muchacho consigo.

Hacía un radiante día de sol y el mar estaba en calma. Stefano, que nunca había estado en el barco, se paseaba feliz por la cubierta, admirando las complicadas maniobras de las velas. Y preguntaba esto y aquello a los marineros, que, con una sonrisa, se lo explicaban todo.

Cuando el muchacho llegó a popa, se detuvo intrigado a observar algo que aparecía intermitentemente en la superficie del mar, a unos doscientos o trescientos metros de distancia, siguiendo la estela del barco.

Aunque el navío ya volaba empujado por un viento favorable, aquello se mantenía siempre a la misma distancia. El niño no comprendía su naturaleza, pero tenía algo inexplicable que lo atraía intensamente.

Su padre, que lo había perdido de vista, le llamó a grandes voces y, como no obtuviera respuesta, bajó del puente de mando y fue a buscarlo.

—Stefano, ¿qué haces ahí plantado? —le preguntó al divisarlo finalmente en popa, de pie, mirando las olas.

—Papá, ven a ver esto.

El padre fue y miró en la dirección que le indicaba el muchacho, pero no consiguió ver nada.

—Hay una cosa oscura que aparece de vez en cuando en la estela y nos sigue —dijo el muchacho.

—A pesar de mis cuarenta años —dijo el padre— creo que sigo gozando de muy buena vista. Pero no veo absolutamente nada.

Ante la insistencia de su hijo, fue a por el catalejo y escrutó la superficie del mar, hacia donde estaba la estela. Stefano lo vio palidecer.

—¿Qué sucede? ¿Por qué pones esa cara?

—Ojalá no te hubiera escuchado —exclamó el capitán—. Ahora temo por ti. Eso que ves aparecer en el agua y que nos sigue no es ninguna cosa. Es nada más y nada menos que un colombre, el pez más temido por los marineros en todos los mares del mundo. Es un tiburón tremendo y misterioso, más astuto que el hombre. Por motivos que quizá no se conozcan nunca, elige a su víctima y, una vez que la ha elegido, la sigue durante años y años, durante toda la vida, hasta que consigue devorarla. Y lo más extraño es que nadie puede divisarlo, salvo la propia víctima y las personas de su misma sangre.

—¿No será una patraña?

—No. Yo nunca lo había visto, pero por las descripciones que tengo de él, lo he reconocido enseguida. Ese hocico de bisonte, esa boca que se abre y se cierra continuamente, esos dientes terribles... Stefano, no hay duda, por desgracia el colombre te ha elegido a ti y, mientras estés en la mar, no te dejará en paz. Escúchame: ahora regresaremos enseguida a tierra, desembarcarás y no te volverás a alejar nunca más de la costa, por ningún motivo. Debes prometérmelo. El oficio de marino no es para ti, hijo mío. Debes resignarte. Además, también en tierra podrás hacer fortuna.

Dicho esto, ordenó invertir el rumbo y regresó a puerto, donde, con el pretexto de una imprevista indisposición,

desembarcó a su hijo. Después volvió a zarpar sin él.

Profundamente turbado, el muchacho permaneció en la orilla hasta que el mástil más alto de la arboladura se hundió en el horizonte. Al otro lado del muelle que cerraba el puerto, el mar quedó completamente desierto. Pero, aguzando la vista, Stefano consiguió divisar un puntito negro que surgía esporádicamente de las aguas: era «su» colombre, que iba lentamente de aquí para allá, esperándolo con obstinación.

A partir de entonces, no se escatimaron medios para luchar contra la atracción que el muchacho sentía por el mar. Su padre lo mandó a estudiar a una ciudad del interior, a cientos de kilómetros de allí. Y durante algún tiempo, distraído por el nuevo ambiente, Stefano no volvió a acordarse del monstruo marino. Sin embargo, en las vacaciones de verano volvió a casa y, en cuanto tuvo un minuto libre, lo primero que hizo fue acercarse hasta la punta del muelle para hacer una comprobación que en el fondo consideraba absurda. Aun admitiendo que toda la historia que le había contado su padre fuera cierta, después de tanto tiempo el monstruo habría renunciado sin duda al asedio.

Pero Stefano se quedó atónito, con el corazón en un puño. A unos doscientos o trescientos metros del muelle, en mar abierto, el siniestro pez iba de un lado para otro lentamente, levantando de vez en cuando el hocico del agua y mirando hacia la orilla, como para ver si Stefano Roi venía por fin.

A partir de entonces, el pensamiento de aquella criatura enemiga esperándole día y noche se convirtió para Stefano en una obsesión secreta. Incluso en la lejana ciudad se despertaba de vez en cuando en mitad de la noche lleno de zozobra. Estaba en lugar seguro, sí, a cientos de kilómetros del colombre. Pero sabía que más allá de las montañas, más allá de los bosques, más allá de las llanuras, el tiburón

le estaba aguardando. Aunque se hubiera trasladado al continente más remoto, el colombre se habría apostado en la laguna más próxima, con esa obstinación inexorable que tienen los instrumentos del destino.

Stefano, que era un chico serio y voluntarioso, continuó los estudios con éxito y, apenas se hizo un hombre, encontró un empleo digno y bien remunerado en un almacén de la ciudad. Mientras tanto, su padre enfermó y murió, su madre vendió el magnífico velero y él heredó una discreta fortuna. El trabajo, las amistades, las diversiones, los primeros amores: Stefano tenía ya un camino marcado en la vida, pero, aun así, el pensamiento del colombre lo asediaba como un funesto y al mismo tiempo fascinante espejismo; conforme pasaban los días, en lugar de desvanecerse, parecía volverse más insistente.

Grandes son las satisfacciones que se obtienen de una vida laboriosa, acomodada y tranquila, pero la atracción del abismo es todavía mayor. Stefano tenía apenas veintidós años cuando, tras despedirse de sus amigos de la ciudad y dejar el empleo, volvió a su ciudad natal y comunicó a su madre su firme intención de seguir el oficio paterno. La mujer, a la que Stefano no había dicho nada sobre el misterioso tiburón, recibió con alegría su decisión. En su fuero interno, el hecho de que su hijo hubiera abandonado el mar por la ciudad siempre le había parecido una traición a las tradiciones familiares.

Stefano comenzó a navegar, dando prueba de grandes dotes marineras, de resistencia a la fatiga, de intrepidez. Navegaba y navegaba, y en la estela de su barco, en la bonanza y en la tempestad, se afanaba día y noche el colombre. Stefano sabía que era su maldición y su condena, pero tal vez precisamente por eso no tenía fuerzas para separarse de él. Nadie a bordo distinguía al monstruo, excepto él.

—¿No veis nada allí? —preguntaba de vez en cuando a sus compañeros, señalando la estela.

—No, no vemos absolutamente nada. ¿Por qué?

—No sé. Me había parecido...

—¿No habrás visto por casualidad un colombre? —decían ellos, riendo y tocando madera.

—¿Por qué os reís y tocáis madera?

—Porque el colombre es un animal que no perdona. Si se pusiera a seguir a este barco, significaría que uno de nosotros está perdido.

Pero Stefano no cejaba. Al contrario, la continua amenaza que le perseguía parecía multiplicar su voluntad, su pasión por el mar, su temeridad en los momentos de peligro y de lucha.

Con la pequeña herencia que le había dejado su padre, en cuanto consideró que dominaba el oficio, compró a medias con un socio un pequeño barco de cabotaje, después se convirtió en su único propietario y, pasado el tiempo, gracias a una serie de afortunadas expediciones, pudo adquirir un auténtico buque mercante y apuntar a metas cada vez más ambiciosas. Pero ni los éxitos ni los millones le servían para quitarse de la cabeza aquella idea fija; ni nunca, por otra parte, tuvo la tentación de vender el barco y dejar de navegar para dedicarse a otras empresas.

Navegar y navegar, ése era su único afán. Apenas ponía el pie en algún puerto, después de una larga travesía, la impaciencia le obligaba a volver a zarpar. Sabía que allí fuera estaba el colombre esperándolo, y que el colombre era sinónimo de desastre. No había nada que hacer. Un impulso irreprimible lo llevaba sin descanso de un océano a otro.

Hasta que llegó un día en que, de pronto, Stefano se dio cuenta de que se había hecho viejo, viejísimo. Ninguno de sus allegados entendía por qué, siendo tan rico, no abandonaba de una vez por todas aquella condenada vida de marino. Viejo, y amargamente infeliz, porque había consumido toda su existencia en aquella insensata huida a través de los mares para escapar de su enemigo. Pero, para él, la tentación del abismo siempre había sido más fuerte que las alegrías de una vida regalada y tranquila.

Y una noche en que su magnífico barco estaba anclado frente a su puerto natal, sintió que le había llegado el último momento. Entonces llamó al segundo de a bordo, en el que confiaba plenamente, y le ordenó que no se opusiera a lo que estaba a punto de hacer. El otro se lo prometió por su honor.

Una vez obtenida su palabra, Stefano reveló al segundo oficial, que le escuchaba asustado, la historia del colombre que lo había seguido inútilmente durante casi cincuenta años.

—Me ha acompañado de un extremo a otro del mundo —dijo— con una fidelidad que ni siquiera el amigo más noble me habría demostrado. Ahora estoy a punto de morir. Él también debe de estar terriblemente viejo y cansado. No puedo defraudarlo.

Dicho esto, se despidió, mandó arriar un bote y, tras ordenar que le dieran un arpón, se instaló en la pequeña embarcación.

—Voy a su encuentro —anunció—. No debo decepcionarle. Lucharé con las últimas fuerzas que me quedan.

Con cansinos golpes de remo, se alejó. Los oficiales y los marineros lo vieron desaparecer a lo lejos, en la mar en calma, envuelto por las sombras de la noche. En el cielo, la luna estaba en cuarto creciente.

No tuvo que remar mucho. De pronto, el horrible hocico del colombre emergió junto a la barca.

—Aquí me tienes finalmente —dijo Stefano—. ¡Al ataque!

Y, haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban, alzó el arpón para arrojárselo.

—Ah —mugió con voz suplicante el colombre—, si supieras el largo camino que he debido recorrer hasta encontrarte... También yo estoy muerto de cansancio. Cuánto me has hecho nadar. Tú huías y huías... y nunca comprendiste nada.

—¿Qué debía comprender? —preguntó Stefano, profundamente afectado.

—Que no te seguía por todo el mundo para devorarte, como tú pensabas. El rey del mar sólo me había encargado que te entregara esto.

Y el tiburón sacó la lengua, presentando al viejo capitán una pequeña esfera fosforescente.

Stefano la cogió entre los dedos y la examinó. Era una perla de un tamaño descomunal. Entonces reconoció la famosa Perla del Mar que da fortuna, poder, amor y serenidad de ánimo a quien la posee. Pero ya era demasiado tarde.

—¡Ay de mí! —dijo moviendo tristemente la cabeza—. ¡Qué tremendo malentendido! He conseguido arruinar mi existencia y la tuya...

—Adiós, pobre hombre —respondió el colombre.

Y se hundió en las negras aguas para siempre.

Dos meses después, empujado por la marea, un bote arribó a un arrecife escarpado. Fue avistado por unos pescadores que, llenos de curiosidad, se acercaron a él. Dentro, todavía sentado, había un esqueleto blanco con una pequeña piedra redonda entre los dedos.

El colombre es un pez de gran tamaño, espantoso de ver y sumamente raro. Según los mares, y las gentes que habitan sus orillas, recibe el nombre de kolomber, kahlou-brha, kalonga, kalu-balu o chalung-gra. Los naturalistas, por extraño que parezca, no lo conocen. Algunos incluso sostienen que no existe.

LA CREACIÓN

El Todopoderoso había construido ya el universo, disponiendo con fantásica irregularidad las estrellas, las galaxias, los planetas, las estrellas fugaces, y estaba contemplando con cierta complacencia el espectáculo, cuando uno de sus innumerables proyectistas, el encargado de llevar a cabo la gran idea, se acercó a él con gran premura.

Se trataba del espíritu Odnom, uno de los más inteligentes y vivaces de la *nouvelle vague* de los ángeles (pero no vayan a pensar que tenía alas y llevaba una túnica blanca; pues éstas son sólo un invento de los pintores antiguos, que las consideraban muy prácticas desde el punto de vista decorativo).

—¿Deseas algo? —le preguntó el Creador, con benevolencia.

—Sí, Señor —respondió el espíritu arquitecto—. Antes de que des por finalizada esta admirable obra tuya y le des la bendición, quisiera mostrarte un pequeño proyecto en el que hemos trabajado un grupo de jóvenes. Un asunto de segunda categoría, un trabajillo de nada en comparación con todo el resto, una minucia, pero a nosotros nos parece interesante. —Y de una carpeta que llevaba consigo sacó un folio en el que aparecía dibujada una especie de esfera.

—Déjame ver —dijo el Todopoderoso, que, aunque por supuesto estaba ya al tanto de todo, fingía no saber nada del proyecto y simulaba interés con el fin de que sus mejores arquitectos se sintieran satisfechos. El dibujo era muy detallado y llevaba anotadas todas las medidas pertinentes.

—¿Qué es esto? —dijo el Gran Hacedor continuando con su diplomático fingimiento—. Parece un planeta más de los miles y miles que ya hemos construido. ¿Es realmente necesario hacer otro, y además de un tamaño tan modesto?

—En efecto, se trata de un pequeño planeta —confirmó el ángel arquitecto—, pero, a diferencia de los otros miles ya existentes, éste presenta unas características muy especiales.

Le explicó cómo habían pensado hacerlo girar alrededor de una estrella a una distancia tal que pudiera recibir su calor, pero no demasiado; enumeró los materiales presupuestados, sus cantidades respectivas y su precio de coste. ¿Y todo, para qué? Según las premisas, en aquel minúsculo globo se produciría un fenómeno sumamente curioso e interesante: la vida.

Sobra decir que el Creador no necesitaba más explicaciones. Era mucho más astuto que todos los ángeles arquitectos, ángeles capataces y ángeles albañiles juntos. Sonrió. La idea de aquella bolita suspendida en la inmensidad del espacio con tantos seres naciendo, creciendo, fructificando, multiplicándose y muriendo en ella le parecía bastante occurrence. Y seguro que lo era, porque si bien el proyecto lo habían elaborado el espíritu Odnom y sus socios, al fin y al cabo también provenía de Él, origen primero de todas las cosas.

En vista de la buena acogida, el ángel arquitecto se armó de valor y lanzó un agudo silbido, al que acudieron, rapidísimos, miles, ¡qué digo, miles!, cientos de miles, e incluso tal vez millones de otros espíritus.

Al ver aquello, el Creador al principio se asustó: mientras se tratara de un único peticionario, no había problema, pero si cada uno de los espíritus debía someterle un proyecto particular con las explicaciones correspondientes,

aquello se prolongaría durante siglos. Debido a su extraordinaria bondad, se dispuso, no obstante, a soportar la prueba. Los pelmazos son una plaga eterna. Se limitó, pues, a soltar un largo suspiro.

Odnom le tranquilizó. Toda aquella gente sólo eran dibujantes. El comité ejecutivo del nuevo planeta les había encargado proyectar las innumerables especies de seres vivos, vegetales y animales, necesarias para conseguir un buen resultado. Odnom y compañía no habían perdido el tiempo. No era un vago proyecto general, sino que lo habían previsto todo, hasta los más mínimos detalles. Tampoco había que descartar que, con el fruto de tanta diligencia, en su fuero interno pensarán poner al Sumo Regidor frente al hecho consumado. Pero no era necesario.

Lo que parecía que iba a ser un extenuante peregrinaje de postulantes se convirtió, pues, para el Creador, en una agradable y brillante velada. No sólo se complació en examinar, si no todos, al menos la mayoría de los dibujos de plantas y animales, sino que participó de buena gana en las discusiones que surgían a menudo entre los artífices.

Lógicamente, cada diseñador estaba ansioso por ver aprobado y quizá ensalzado su propio trabajo. La disparidad de temperamentos era sintomática. Como en cualquier otra parte del universo, estaba el inmenso grupo de los humildes que habían trabajado duro para crear la base, llamémosla así, de la naturaleza viviente; proyectistas, por lo general, de imaginación limitada pero técnica escrupulosa, que habían dibujado uno a uno los microorganismos, los musgos, los líquenes, los insectos comunes y corrientes, los seres, en suma, menos espectaculares. Y luego estaban los genios, los jactanciosos, deseosos de brillar e impresionar, razón por la cual habían concebido las más extrañas, complicadas, fantásticas y a veces disparatadas criaturas. De hecho, algunas de ellas tuvieron que ser rechazadas, como fue el caso de ciertos dragones con más de diez cabezas.

Los dibujos estaban hechos sobre un papel de lujo, a color y a tamaño natural, lo que situaba en condiciones de evidente inferioridad a los proyectistas de los organismos más pequeños. Los autores de bacterias, virus y similares pasaban casi inadvertidos, a pesar de su innegable mérito. Presentaban unos trocitos de papel del tamaño de un sello de correos con unos signos microscópicos que el ojo humano nunca hubiera podido percibir (pero el suyo sí). Estaba, entre otros, el inventor de los tardígrados, que se paseaba con un minúsculo cuaderno de bocetos del tamaño de los ojos de un insecto, pretendiendo que los demás apreciaran la gracia de esos futuros animalitos, cuyo perfil era vagamente parecido al de los oseznos, pero nadie le hacía caso. Por suerte, el Todopoderoso, al que no se le escapaba nada, le hizo un guiño que fue equiparable a un entusiasta apretón de manos, lo que le animó enormemente.

Hubo un fuerte altercado entre el proyectista del camello y el autor del proyecto del dromedario, pues cada uno de ellos pretendía haber sido el primero en tener la idea de la joroba, como si se tratara de un genial hallazgo. Tanto el camello como el dromedario dejaron a los presentes más bien fríos; en general, fueron considerados de pésimo gusto. Fuera como fuese, pasaron el examen, aunque por los pelos.

La propuesta de los dinosaurios provocó una auténtica andanada de objeciones. Una aguerrida cuadrilla de espíritus ambiciosos realizó un desfile, llevando en unos enormes caballetes los gigantescos dibujos de aquellas poderosas criaturas. La exhibición, indiscutiblemente, produjo cierta sensación. Aun así, los formidables animales eran muy exagerados. Pese a su gran estatura y corpulencia, no era probable que duraran mucho tiempo. Para no amargar a los excelentes artistas, que habían puesto en ello todo su empeño, el Rey de la creación concedió, sin embargo, el exequátur.

Una sonora carcajada general acogió el dibujo del elefante. La longitud de su nariz parecía realmente excesiva, incluso grotesca. El inventor objetó que no se trataba de una nariz sino de un órgano muy especial, para el que proponía el nombre de *trompa*. El vocablo gustó, hubo algunos aplausos aislados y el Todopoderoso sonrió. También el elefante pasó el examen.

La ballena, en cambio, tuvo un éxito inmediato e irresistible. Seis espíritus voladores sostenían el desmesurado tablero con el retrato del monstruo. A todos les resultó muy simpática y recibió una cálida ovación.

Pero ¿cómo recordar todos los episodios del interminable desfile? Entre los momentos cumbres de la velada podemos citar el de algunas grandes mariposas de vivos colores, la serpiente boa, la secuoya, el arqueopteris, el pavo real, el perro, la rosa y la pulga, personajes estos últimos a los que, de forma unánime, se les vaticinó un largo y brillante porvenir.

Mientras tanto, entre la multitud de espíritus que, ávidos de alabanzas, rodeaban al Todopoderoso, había uno que se le acercaba una y otra vez con un rollo de papel debajo del brazo; pelma, muy pelma. Es verdad que tenía una cara muy inteligente, pero era tan petulante... Abriéndose paso a codazos, había tratado de situarse en primera fila y de llamar la atención del Señor al menos en veinte ocasiones. Su altivez resultaba molesta a sus colegas, que le menospreciaban y le empujaban hacia atrás.

Pero él no se daba por vencido así como así. Erre que erre, consiguió finalmente llegar a los pies del Creador y, antes de que sus compañeros pudieran impedirselo, desplegó el rollo de papel, ofreciendo a la divina mirada el fruto de su ingenio. Eran los dibujos de un animal con un aspecto francamente desagradable, repelente, que sin embargo impresionaba por lo diferente que era de todo lo

que se había visto hasta entonces. Por una parte estaba representado el macho y, por otra, la hembra. Como muchos otros animales, tenía cuatro extremidades, pero, a juzgar por los dibujos, sólo utilizaba dos para caminar. Algunos mechones de pelo aquí y allá, sobre todo en la cabeza, como una crin; los dos miembros superiores le colgaban a los lados de una forma ridícula. Su cara se asemejaba a la de los simios, que habían pasado con éxito el examen. Su figura no era ágil, armónica y compacta como la de los pájaros, los peces o los coleópteros, sino desgarbada, torpe y en cierto modo inacabada, como si el diseñador se hubiera desanimado y cansado en el momento más inoportuno.

El Todopoderoso echó una ojeada a los dibujos.

—No se puede decir que sea bonito —observó, suavizando con un tono amable la dureza de la sentencia—, pero quizá tenga alguna utilidad especial.

—Sí, Señor —confirmó el pelmazo—. Se trata, modestia aparte, de una invención formidable. Éste es el hombre y ésta, la mujer. Independientemente del aspecto físico, que es discutible, lo admito, he tratado de hacerlos, de alguna manera, perdona mi osadía, a tu imagen y semejanza, oh, Excelso. Será el único ser dotado de razón en toda la creación, el único que podrá darse cuenta de tu existencia, el único que te sabrá adorar. En tu honor erigiré templos grandiosos y libraré guerras sangrientas.

—¡Ay, ay, ay! ¿Quieres decir que será un intelectual? —dijo el Todopoderoso—. Hazme caso, hijo mío. Mantente alejado de los intelectuales. Por fortuna, hasta ahora el universo está libre de ellos. Y quiera el cielo que continúe así hasta el fin de los tiempos. No niego, muchacho, que tu invención sea ingeniosa. Pero ¿sabes decirme cuál sería el posible resultado? Quizá ese ser esté dotado de cualidades excepcionales, pero, a juzgar por su aspecto, me da la impresión de que sería fuente de una enorme cantidad de problemas. En una palabra, me complace tu arrojito. Es más, me encantaría concederte una medalla. Pero no me parece